FRAY LUIS DE GRANADA.

CAYETANO DEL CASTILLO TEJADA.

FRAY LUIS DE GRANADA,

TRABAJOS PREMIADOS

POR LA

ACADEMIA CÍRCULO DE LA ORATORIA

DE ESTA CAPITAL,

EN EL CERTAMEN CELEBRADO

EN EL SALÓN DE ACTOS DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO,

EN 30 DE DICIEMBRE DE 1888,

CON MOTIVO DEL TERCER CENTENARIO DE LA MUERTE

DEL ILUSTRE DOMÍNICO

V. P. M. FRAY LUIS DE GRANADA,

con una Carta-Prólogo

DE

D. Francisco Jiménez Campaña.

GRANADA.

Imprenta de "El Defensor,,

1889.

FRAY LUIS DE GRANADA.

TRABAJOS PREMIADOS

EN EL

CERTAMEN CIENTÍFICO-LITERARIO

DE ESTA CAPITAL

EN EL SALÓN DE ACTOS DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO

EL DÍA 30 DE SEPTIEMBRE DE 1882,

CON MOTIVO DEL TERCER CENTENARIO DE LA MUERTE

DEL ILUSTRE DOMINICO

V. P. M. FRAY LUIS DE GRANADA,

POR

D. Francisco Jiménez Catalina.

GRANADA

Al Ilmo. Señor

Don Bartolomé Gómez Bello,

COMENDADOR DE LA REAL Y DISTINGUIDA ORDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, CABALLERO DEL HÁBITO MILITAR DEL SANTO SEPULCRO Y DE HOSPITALARIOS ESPAÑOLES, INDIVIDUO DE LA REAL SOCIEDAD ECONÓMICA MATRITENSE, DE LAS DE CÁDIZ, SEVILLA, JAEN É ISLAS FILIPINAS, JEFE SUPERIOR DE ADMINISTRACIÓN CIVIL HONORARIO, JEFE DE ADMINISTRACIÓN DE SEGUNDA CLASE, DELEGADO DE HACIENDA DE ESTA PROVINCIA, ETC. ETC.

Dedico á V. S. I. estos trabajos por dos razones: primera, por hacer justicia á su ilustración y buen gusto literario, con lo cual pago á la vez la deuda de gratitud que con V. S. I. tengo por la benevolencia con que juzgó mis pobres escritos, cuando dí lectura de ellos en el certámen celebrado por la **Academia Círculo de la Oratoria** *durante el Centenario del insigne dominico Fray Luis de Granada: segunda, porque no teniendo yó blasones de propios méritos que colocar á la puerta de la pobre morada de mis elucubraciones, quiero poner en ella el limpio blasón de su nombre, y dar así apariencias de palacio señorial á la que es sólo humilde casa, en la que yo he alojado mis ideas y juicios, que quiera Dios no lleguen á ser tan malos vecinos que hagan al lector pa-*

sar de largo, por no presenciar cómo se contradicen y cuál desbarran, diciendo despropósitos y vaciedades.

Acepte, pues, V. S. I. esta dedicatoria, y así á la par que me hará gran merced, me proporcionará ocasión de darle público testimonio de la consideración y el afecto que le profeso.

De V. S. I. humilde servidor y amigo,

El autor.

CARTA-PRÓLOGO.

Mi querido Cayetano:

Se pides un prólogo para tus premiados trabajos sobre Fray Luis de Granada, y yo no hallo otro más digno prefacio que la corona con que los jueces del Certámen celebrado en el tercer centenario de su muerte te han ceñido las sienes.

Yo te animé al combate y al ver tu destreza en la pelea, te anuncié la victoria: ahora solo me cumple darte la enhorabuena.

Has peleado por la virtud cristiana y la has mostrado triunfando de todas las glorias del paganismo. ¿Que mayor merecimiento? Aunque tus afanes no hubieran conseguido premio en este torneo del saber; ¿que mas hermoso galardón que entrarse en el palenque, llevando por lema *la defensa del cristianismo?* Estos nobles sentimientos movieron la pluma de Fray Luis de Granada, cuando escribia aquel libro de oro, llamado *Guia de Pecadores*; en cuyo prólogo despues de declarar el fin que se propuso al comenzar su obra y que no fué otro que la salvación de las almas, dice con aquel lenguaje de que se hubiera enamorado Grecia en tiempo de Demóstenes:

«*Bien sé que deseo mucho y que no es bastante ninguna escriptura para esto; mas por eso suplico yo agora en el principio de esta á aquel*

que es virtud y sabiduría del Padre (el cual tiene las llaves de David para abrir y cerrar á quien Él quisiere) que se halle aquí presente y se envuelva en estas palabras, y les dé espíritu y vida para mover á quien las leyere. Más con todo eso, si otro fruto no sacare deste trabajo más que haber dado á mi deseo este contentamiento, que es hartarme de una vez de alabar una cosa tan digna de ser alabada, como es la virtud (que es cosa que muchos tiempos he deseado), solo esto tendré por suficiente premio de mi trabajo.»

No seré yo quien me entre por el campo de tus obras para analizar y criticar lo que yá los jueces analizaron y cernieron en la tela de su juicio, no hallando cosa supérflua, ni indigna, sino antes bien, mucho que admirar y premiar, como en realidad de verdad premiaron y admiraron, participando de su asombro el público que te volvió á laurear con sus aplausos, hijos ilustres de la Orden de Predicadores (1) que te dieron las gracias en frases lisongeras y tus amigos que se juntaron para dar á la luz de la prensa, lo que en ninguna manera debia de quedarse en la oscuridad.

Mucho has ganado en tan recia labor; y aunque tu pluma no era de antes desmayada, ni torpe, paréceme que leyendo y releyendo las obras de Fray Luis de Granada, te se ha pegado algo de su vehemencia y número en los periodos, de su sutileza en el discurso, de su gracia y trasparencia en el estilo, de su gravedad y propiedad en las palabras, y algo, en fin, de la profundidad de sus sentencias: que no se puede estar á las orillas del mar sin sacar á la postre llovido el rostro por las alas de los vientos marítimos.

Y esto no lo has de tener por mal, sinó por bien; que no es ruin, ni bellaco el hijo que saca en el rostro la nobleza de su padre; y para los que andan militando en la república de las letras Fray Luis de Granada es príncipe y padre de la patria.

---

(1) Los RR. PP. Dominicos Fray Paulino Alvarez y Fray Justo Cuervo, Director el primero de la importante *Revista del Rosario*, y que en todas las sesiones celebradas en honor de su ilustre y Venerable hermano dió muestras de su erudición con facil palabra y atinados pensamientos, y promovedor el segundo del Centenario de Fray Luis de Granada con las cartas interesantísimas que para dicho objeto escribió al Alcalde Presidente del Excmo. Ayuntamiento. Vinieron al Centenario de Palencia y Vergara, respectivamente.

No dejes mina tan rica, ya que has descubierto sus áureos filones: sigue conociendo entrañablemente á nuestros clásicos antiguos y para alentarte á esta afición, si yá no es espuela tu propio aprovechamiento, considera que nuestros modernos literatos de más fama, después de haber devorado libros de todo género, de nada hacen tanta gala como de dar á su lenguaje el sabor de los escritos de Fray Luis ó de Santa Teresa, ni nada hay que los muestre con más valor y despejo, que la riqueza de pensamiento que encontraron á través de aquellos giros y elegancias de nuestros clásicos castellanos.

¿De donde tomó Bossuet las ideas más elevadas para aquellos sermones suyos que fueron el asombro de la corte de Luis XVI, sino de los libros que dejó escritos el preclaro hijo de Santo Domingo, espejo de la oratoria sacra?; ¿ni de que fuente han bebido con más avidéz los que de allende el Pirineo se dieron á escribir cosas del espíritu, sino de nuestros ascéticos españoles, los cuales ni reconocen rivales en la hondura y delgadeza de sus pensamientos, ni en las flamantes vestiduras que les pusieron? Por lo cual yerran aquellos de nuestros oradores sagrados, que buscan en extranjeros libros doctrina y galas para sus trabajos retóricos y beben en el arroyo turbio lo que pudieron beber en la fuente cristalina; y se tienen por satisfechos con los primores lánguidos de la copia, pudiendo arrebatarse con el vehemente fuego del original; y se dan aires de decir cosas nuevas y estupendas, cuando con frase bárbara y plagada de galicismos repiten lo que ha tres siglos dijeron nuestros místicos más celebrados en el lenguaje pulido y sonoro de Castilla.

Pero no es esta ocasión propicia de señalar con el dedo los vicios de la oratoria moderna, que encadenada por las divisiones y subdivisiones de la escuela francesa, ni tiene talle, ni galas de retórica, ni saetas encendidas para el corazón, ni alas con que poder remontarse á aquellas soberanas alturas en que se cernió con vuelo apacible nuestro Cicerón cristiano.

Sigue tú regalándote con su lectura, que nada ha de perder tu ciencia, ni tu virtud; porque tu corazón irá bien encaminado y tu pluma podrá escribir con frecuencia bellezas como estas con

que das fin á tus laureados trabajos: «¡Oh varón piadoso y lleno de virtudes! ¡Oh regocijo del cielo y bondad y consuelo de la tierra!.... ¡Cuán hermoso te contempla mi asombrado espíritu al mirar tu soberana alteza cubierta con el manto de tu humildad cristiana!.... Tú, el bienhechor de los pecadores, el buscador de almas, el sabio preclaro, el padre de la elocuencia....: tú, admirado de todos los hombres, solicitado por los reyes de la tierra y tan querido por el que aquí abajo representa el poder del cielo...: tú no te envaneces con tus triunfos, ni te precias de tu renombre, ni te ensoberbeces con tu sabiduría. Nada són para tí las cosas de la tierra, que tú pones pensamiento y alma en el cielo; y por eso ni quieres honores, ni te rinden dádivas, ni aspiras á otra cosa que á la predicación del Evangelio y á la soledad de tu celda. Y en su estrecho recinto yo te veo más grande que todos los poderosos de la tierra, vistiendo el áspero sayal, macerado el cuerpo por las torturas de la penitencia, abrazado á la cruz del Redentor y bebiendo en su divino costado la sabiduría y la santidad; y allí, en medio de los trasportes de tu fé, te contemplo en éxtasis sublime, y miro al poder mágico de tu oración romperse los muros de tu celda y en nubes de resplandeciente gloria que sostienen ángeles y serafines, bajar á tí el mismo soberano Dios que te dice como en otro tiempo en el Jordán á su unigénito Jesucristo: *¡Este es mi hijo muy amado en quien he puesto todas mis complacencias.»!*

Este es el secreto escondido en las obras de nuestros místicos españoles, que como tuvieron por maestro á Dios y en su cátedra fueron enseñados, no solamente supieron conducir con mano sabia las almas al cielo, sino que, sin pretenderlo ganaron para sí y para los que saciaron la sed de su inteligencia en el purísimo manantial de sus escritos, premios y alabanzas de los hombres.

Vale: tu amigo y capellán,

Francisco Jiménez Campaña.

Granada 18 *de Enero de* 1889.

A Fray Luis de Granada.

SONETO [1]

Dios que abate al soberbio hasta la escoria
Y levanta al humilde hasta su alteza,
Tu cristiana humildad tornò en grandeza
Y á tu frente ciñó nimbo de gloria.
Hoy el mundo te admira, y en la Historia
Son timbres de tu célica realeza,
De tu virtud la santa fortaleza
Y el mágico poder de tu oratoria.
Pescador en los mares de la vida,
A las ondas lanzaste en sacro anhelo
Las redes de tu ciencia bendecida,
Hallando como premio á tu desvelo
En cada malla un alma redimida,
Y tras la lucha de la mar el cielo.

---

(1) Primer premio, consistente en derecho á que la composición sea esculpida en el pedestal de la estatua que el Excmo. Ayuntamiento se propone erigir á Fray Luis de Granada.

FRAY LUIS DE GRANADA

CONSIDERADO COMO ORADOR [1]

Los que fueren sabios brillarán como el resplandor del firmamento; y los que instruyeren á muchos en la virtud serán como astros en perpétuas eternidades.
Daniel XII. 3.

Señoras y Señores:

Ningunas frases parécenme más apropósito para comenzar mi modesto trabajo, que estas del profeta Daniel, que de tan ámplia manera pueden ser aplicadas al sabio preclaro que motiva esta gran manifestación de un pueblo, tan honrado en sus sentimientos como noble en las obras de su iniciativa, y que olvidando por hoy las cuestiones materiales que agitan á sociedades é individuos y de cuya resolución pende quizás el porvenir de unos y otras, reune todas las primicias de la inteligencia, todas las armonías del arte y todas las palpitaciones del sentimiento, para formar con ellas una inmarcesible corona que añadir al nimbo de gloria y á la aureola de san-

(1) Primer premio, consistente en diploma de honor y un objeto de arte.

tidad que circunda las sienes del ilustre dominico Fray Luis de Granada.

Los que fueren sabios brillarán como el resplandor del firmamento; y cierto es que más aún que brilla ese azulado cielo que descubrimos á través de los dilatados horizontes de esta ciudad de la luz, brilla y resplandece en los horizontes de la historia pátria esa inteligencia poderosa, que es cielo nunca empañado por las nubes del error ni por las densas brumas de las mundanas pasiones: *los que instruyeren á muchos en la virtud serán como astros en perpétuas eternidades;* y como astro brillante se destaca hoy en los cielos de la idea este varón insigne, en quien reuniéronse por divino privilegio las severas austeridades de la virtud cristiana, los arranques sublimes de la caridad que enciende y los divinos arrebatos de la elocuencia que vibra, conmueve, seduce, rinde y fascina, y es á modo de llave de oro que abre las puertas del sagrario misterioso del alma, para dejar paso en ella á la verdad, el amor y la fe. Y como brilla hoy, resplandecerá en la noche inacabable del mañana, sin apagar nunca los destellos de su gloria y paseando sus oleadas de luz por perpétuas eternidades; que yo tengo para mí, que después de aquel día terrible en que este mundo que nos sustenta ruede á los abismos del no ser como diamante desprendido del anillo de oro que lo aprisionara, en aquellos espacios inconmensurables en que permanecerá eternamente rodeado de alados querubes el supremo Creador, estos astros, genios de la Historia y bienhechores de la Humanidad, no verán amortiguada su luz ni apagados sus resplandores, sino que subsistirán sobre las ruinas de los mundos rotos, y serán como faros inextinguibles, que colocados en lo infinito, sirvan de testimonio de la grandeza de Aquél, que encendió en ellos los fulgores de la virtud y de la ciencia.

¡Y qué lugar tan preferente se conquistan en la Historia los pueblos que como el de Granada, en el cual hame dado derecho de ciudadanía el entusiasmo que por sus glorias siento, realizan actos, que como este Centenario, redundan á la par que en justo homenage hácia sus hijos más ilustres, en timbres de grandeza para las corporaciones que los inician, para los ingenios que los enaltecen y para todos los que llevan su concurso á ellos, impulsados por la admiración al talento y por el más acendrado de todos los patriotismos, que es el sentimiento que nos lleva á amar y á enaltecer á los que de nosotros nacieron, y soldados nunca cansados, ni jamás vencidos en el luchar contra las humanas pasiones, combatieron el error, hicieron huir á la desbandada vicios y liviandades y fueron denodados paladines de la verdad y la virtud!

Y este patriotismo (que decir otra cosa fuera inmodestia rayana en la soberbia) es lo que me ha inducido y me trae hoy con atracción irresistible á tomar parte en el Certamen convocado por la **Academia Círculo de la Oratoria**, que dando nuevas pruebas de su ya proverbial ilustración, viene á prestar su valioso concurso, si bien por mediación harto humilde en lo que á mí atañe, á estas solemnidades con que el Exmo. Ayuntamiento ha querido conmemorar el tercer centenario de la muerte del preclaro dominico Fray Luis de Granada.

¡Y que empresa tan difícil de llevar á feliz término es para mí, bisoño de las letras, recluta de ayer entre las filas de los que tantos lauros tienen ganados en las lides de la inteligencia, la que constituye el tema propuesto para este trabajo por la **Academia Círculo de la Oratoria**!»

Porque dentro del orden de las ideas, como dentro del orden de la materia, existe una gradación, y en ella ocupan puesto por razón de categorías cuan-

tos por su virtud ó su ciencia se elevaron de la esfera de lo común y fueron ascendiendo por esa escala de la inmortalidad, que cual aquella otra que viera en su sueño Jacob, parte de la tierra y va á perderse entre los pabellones tornasolados de las nubes que cuelgan del firmamento. Genios hay que subieron los primeros peldaños de esa escala, sin que los vuelos de su inteligencia ó la brevedad de su vida les permitiera pasar adelante; muchos que llegaron á la mitad de ella; pocos que consiguieran ascender hasta remontarse sobre las nubes; pero entre estos pocos, Fray Luis de Granada aparece en soberana apoteosis sobre el último peldaño de la escala de la gloria.

Grande fué su virtud, grande su sabiduria, y por esto fué grande su elocuencia, en la cual desaguaron como en inmenso é insondable mar los dos puros manantiales de su piedad y su saber. Su oratoria excede los límites de lo grande para entrar en lo grandioso, y rebasa los linderos de lo bello para ocupar puesto en el campo de lo sublime. Para tratarla dignamente, preciso fuera inteligencia y pluma como la suya; y siendo esto así ¿como podré yo salir adelante de airosa manera en esta empresa, no contando para acometerla más que con mi veneración á su santidad, mi entusiasmo por sus talentos y la admiración que en mí despiertan las sublimes oraciones de este, á quien con justo título llaman sus admiradores, y lo son cuantos le conocen, río de sabiduría, padre de la elocuencia sagrada y Cicerón cristiano? (1).

No espereis pues, de mí, juicios dignos de su ciencia, ni conceptos propios de su valer, ni frases que sean bastantes siquiera á esbozar su grandeza: que á

(1) Don Jerónimo de Lanuza, autor de una aprobación de las obras de Fray Luis, le llama el *Cicerón de España.*

semejanza de nocturna ave, que cruzando en la oscuridad la inmensidad del cielo tropieza en su camino con potente faro, y deslumbrada por sus luminosos destellos revolotea inconsciente, sin hallar camino entre las olas de luz de aquel inesperado occéano de resplandores, así yo, ante los sublimes destellos de este gran genio que brilla en la noche del pasado, andaré sin tino ni concierto, y nunca los ojos del alma, asombrados por sus explendores, hallarán modo de copiar en sus deslumbradas retinas todos los rayos de su gloria y todos los fulgores de su soberana luz.

Que vuestra ilustración, pues, no me condene, y vuestra benevolencia conmigo sea, sirviéndome de aliciente para no desmayar en esta empresa; qué por lo mismo que es sobrado pesada para fuerzas tan débiles, más necesito en ella de la ayuda de los que sin duda dispensarán á los entusiasmos de mi corazón los atrevimientos de mi voluntad y á la grandeza de mis deseos las pobrezas de mi inteligencia.

Comenzaba el siglo de oro: aquel gran siglo al que yo me imagino como un templo magestuoso levantado sobre los sólidos cimientos de la fé de Cristo y de la unidad de la pátria, embellecido por todas las filigranas del arte, consagrado por todas las severas magnificencias del culto católico é iluminado por aquel sol explendoroso, que nunca hallaba su ocaso en los estados españoles. Era el siglo de los místicos y de los ascetas, en que habían de resonar los cánticos de inspiración arrancados por el fuego del amor divino al corazón de Teresa de Jesús; en que la lira cristiana había de vibrar en armonioso concento, pulsada por San Juan de la Cruz y Fray Luis de León; en que la literatura, calcada en la doctrina del Evangelio, había de atesorar tanta riqueza en el fondo como belleza en la forma;... era el siglo XVI.

La sultana de Occidente había sido arrancada de

los brazos del agareno por los soldados de la Cruz; y la bandera de la Cruz ondeaba en los baluartes donde flotara la enseña del Corán; y sobre las ruinas de la mezquita se alzaba la catedral católica; y donde se escuchara la voz del muezín, resonaban los ecos de la campana pregonando el triunfo del Ave María; y el pebete yacía apagado y roto, mientras el incensario despedía ante el tabernáculo las nubes de sus aromas:... Granada era cristiana.

Y en esta ciudad de la luz y de las flores, en una pobre, y después ignorada vivienda, nacía por el año de 1504 el ilustre dominico, cuyo tercer centenario celebra hoy la pátria que le admira. Fué su apellido Sarriá, nombre de un pueblo de Galicia de donde era oriundo el autor de sus dias, y tuvo por padres á unos pobres y honrados artesanos, que no poseían más bienes que el fruto de su trabajo y la piedad de sus corazones. Dios, que ensalza á los humildes, quiso sacar de la humildad tan grande alteza, y el niño Luis comenzó á demostrar desde sus primeros años, que en él se habían de atesorar con el tiempo todas las grandezas de un corazón henchido del amor divino y todas las exhuberancias de una imaginación fecunda y creadora.

A los cinco años quedó huérfano de padre y en tan desconsoladora pobreza, que su madre para alimentarlo tuvo que dedicarse á lavar las ropas á los religiosos del Convento de padres dominicos, existente ya por entonces en Granada.

Así pasaron entre el dolor y la miseria los primeros años de la infancia de Luis, hasta que un suceso providencial vino á cambiar por completo la angustiosa escasez en que vivia.

Cierto día de invierno, en que había nevado copiosamente, hallábase enferma la madre de Luis, y como en el pobre hogar se hubiesen agotado todos los

recursos, el buen niño salió de su casa, encaminándose á la Alhambra con ánimo de pedir una limosna en la morada de alguno de los muchos nobles que por entonces habitaban aquel poético recinto. Ya había penetrado en las alamedas y se hallaba cercano á la fortaleza, de la que era á la sazón alcaide D. Iñigo Lopez de Mendoza, Conde de Tendilla, cuando le salió al encuentro un hijo de una vecina, invitándole á que se quedase con él y harían bolas de nieve con que burlar á los que por allí pasasen. Luis se negó á detenerse, explicando al niño el móvil que le llevaba á la Alhambra, y entonces el travieso muchacho comenzó á mofarse del huérfano, y no contento con darle una bofetada, prorrumpió en insultos contra la madre de Luis. Este no pudo contener por más tiempo los ímpetus de su noble corazón, y lanzándose contra el malvado chico le arrojó al suelo, donde lo hubiera pasado mal, á no ser por que, apercibido de lo que ocurría, el Conde de Tendilla, que estaba asomado á una ventana de la fortaleza, mandó á un criado fuese á separar á los niños, conduciéndolos á su presencia. Uno de ellos logró escapar; no así Luis, que convencido de la justicia de su causa se dejó conducir sin recelo alguno á la presencia del magnate. Y como éste le preguntase cuál había sido el motivo de la reyerta, con tal vehemencia y pasión justificó el niño su proceder, que el Conde, adivinando en Luis un talento nada común y dolido de su orfandad, no solo le socorrió con largueza, sino que desde aquel día le tomó bajo su protección, costeándole los primeros estudios. Y á su lado permaneció Luis, correspondiendo al generoso proceder del Conde con una aplicación constante, hasta que habiendo solicitado entrar de acólito en la Capilla Real y siendo atendida su petición, abandonó la casa de aquel noble magnate.

El servicio de la Iglesia fué desarrollando en él

cada vez más la afición al estado monástico, hasta que á los diez y nueve años, llevado de su decidida vocación religiosa, pidió el hábito de Santo Domingo en el Convento de Santa Cruz la Real de esta ciudad (1) entrando de novicio en el mismo, hasta el 15 de Junio del año siguiente 1525, en que profesó, adoptando el nombre de Fray Luis de Granada.

Sus talentos y virtudes le conquistaron bien pronto gran prestigio en la Comunidad, que á poco le designó para que pasase en clase de colegial á San Gregorio de Valladolid (2), donde continuó sus estudios hasta que obtuvo el grado de Maestro en Teología.

Vuelto á Granada, permaneció en su patria diez años, hasta que pasó á Córdoba, encargado por el Maestro de la Orden de restaurar el convento de *Scala Cœli*, situado en las asperezas de Sierra Morena.

Cumplida su misión, fué nombrado predicador del Duque de Medina-Sidonia, trasladándose á Sanlúcar de Barrameda, residencia de aquel magnate, junto al cual estuvo, hasta que habiendo dispuesto la Orden fundar un convento en Badajoz, alcanzó permiso para realizar esta obra, pasando á aquella población, donde su fama cundió de tal modo, que rebasando los límites de España se extendió prodigiosamente por el vecino reino de Portugal.

Era á la sazón arzobispo de Evora el Cardenal Infante D. Enrique, el cual deseoso de conocer á tan eminente varón, solicitó de la Orden permiso para llamarlo á su lado; y habiéndolo conseguido, llevó á

---

(1) Hoy parroquia de Santa Escolástica.

(2) El colegio de San Gregorio de Valladolid, propiedad de la Orden de Predicadores fué fundado y dotado por D. Fray Alonso de Burgos, obispo de Cuenca, Córdoba y Palencia.

Evora á Fray Luis, dándole hospedaje en el convento de San Francisco, inmediato á aquella población.

Sus predicaciones en Portugal produjeron en breve tan admirables resultados, que el purpurado magnate concibió el proyecto de ganar para su pátria á este insigne dominico; y tan bien puso en práctica su pensamiento, que consiguió de la Orden de Santo Domingo quedase definitivamente Fray Luis en Portugal, en clase de hijo adoptivo del Convento de San Francisco.

En su nueva residencia dió este varón piadoso tan elocuentes pruebas de su caridad, y de su celo por el prestigio de la Orden, que ésta, en elección celebrada en el Convento de Batalla en 1557, le nombró Provincial de Lisboa, honor que al principio rehusó y hubo de aceptar después por obediencia al Cardenal, su protector.

Este nuevo cargo fué un incentivo más puesto á su actividad y á su fé; y bien pronto fundáronse merced á su iniciativa nuevos conventos, adquiriendo la Orden gran prestigio y preponderancia. A la vez que así trabajaba en provecho de los intereses de la Iglesia, continuaba escribiendo sus notables obras, que recibidas con admiración y entusiasmo por toda la cristiandad, eran traducidas á las principales lenguas; siendo tal su constancia y su amor al trabajo, que escribía «hasta por los caminos cuando hacía sus visitas provinciales, á cuyo efecto se valía de una especie de atríl ó facistól, puesto en el arzón de la silla de la mula.» (1).

Entre sus obras más notables cuéntanse las siguientes:

El libro de la *Oración y Meditación, el Memorial*

(1) Este hecho lo consigna el Sr. D. Eduardo Caro en su folleto titulado *El Tercer Centenario del V. P. Maestro Fray Luis de Granada* que acaba de publicar en Madrid.

de la vida cristiana y la *Adición* al mismo, *la Guía de pecadores, Officio et moribus Episcoporum, Compendio de la doctrina espiritual de Fray Bartolomé de los Mártires, los seis libros de la Retórica Eclesiástica, la Introducción al Símbolo de la Fé, el Compendio de la Doctrina cristiana, la Doctrina espiritual de sus obras, la traducción de la Escala espiritual de San Juan Clímaco,* la de la *Imitación de Cristo de Tomás Kempis,* la *vida de Fray Bartolomé de los mártires* y la del *Padre Juan de Avila,* sus *sermones* en latin y portugués, uno en castellano, y el libro que tituló *Selva de los lugares que suelen ocurrir en los sermones.*

Los servicios que prestó á Portugal fueron de tal importancia, que la reina doña Catalina, hija de Felipe el Hermoso y de doña Juana la Loca, y regente del reino por minoridad de su nieto el legendario rey D. Sebastián, deseosa de premiar las virtudes de este granadino ilustre, le ofreció sucesivamente el obispado de Viseo y el arzobispado de Braga; pero el humilde dominico rehusó ambos cargos, apesar de la insistencia de la régia dama, haciendo lo mismo cuando posteriormente quiso el Papa conferirle el capelo cardenalicio.

Concluido su oficio de provincial en 1572, se retiró al convento de Santo Domingo, dedicándose con más ardor que nunca á escribir, á la vez que á la oración y la penitencia. Y de tal modo extremó sus trabajos y mortificaciones en los tres últimos lustros de su vida, que su naturaleza, ya muy quebrantada, fué debilitándose cada vez más, hasta que asaltándole grave dolencia, manifestada por intensas calenturas, y agotados inútilmente todos los recursos de la ciencia, el dia 31 de diciembre de 1588, á las nueve de la noche, entregó á Dios su espíritu á la edad de 84 años.

Diósele sepultura en la iglesia de dicho convento

esculpiéndose sobre su sepulcro el siguiente epitafio:

Frater Ludovicus Granatensis ex predicatorum familia, cujus doctrinæ majora extant miracula—Gregorii XIII Pontificis Maximi oraculo—quam si cæsis visum, mortuis vitam á Deo impetrasset.—Pontificia dignitate sæpius recusata, clarior mira in Deum pietate, et in pauperes misericordia, insigniumque librorum ac contionum varietate toto orbe illustrato: ætatis anno LXXXIV. Utisipone moritur, magno Reipublicæ christianæ dolore. Pridie Kalendas Januari, Anni MDLXXXIX.

Fray Luis de Granada, de la Orden de predicadores, los milagros de cuya doctrina son mayores—segun el Pontífice Gregorio XIII, *oráculo de la verdad—que si hubiera alcanzado de Dios dar vista á los ciegos y vida á los muertos.—Rechazó varias veces la dignidad episcopal, brillando por su piedad para con Dios, su misericordia para con los pobres, sus libros insignes y la variedad de sus sermones, con los cuales ilustró á todo el orbe. Muerto en Lisboa á los 84 años de edad, con gran dolor de la república cristiana, el día antes de primero de Enero de 1589.*

Tal fué descrita á grandes rasgos la vida ejemplar de este varón piadoso, á quien sus virtudes y talentos hicieron objeto de especial veneración, que pasados los siglos habia de aumentarse con la corona de la inmortalidad que otorga el cielo á los que bien hacen por el amor de Dios y de los hombres.

Pasemos ahora á tratarle como orador, y quiera el cielo que al poner mano en esto que es más que sagrado para inteligencias profanas en toda ciencia, supla mi buen deseo lo que en manera alguna suplir podrian mis propios merecimientos, suficientes quizás para empresa menos osada, pero que no son alas bastantespara elevarme á tan suprema alteza.

Hase llamado á este orador elocuentísimo el *Cice-*

rón cristiano, y en verdad para mí tengo que con razón lleva este nombre; pues entre todos los oradores de la antigüedad, ninguno hallo mas apropósito con quien compárarse, si bien en esta comparación lleva la ventaja el orador cristiano; pues la elocuencia de este supera á la de aquél como la moral evangélica al paganismo. En Cicerón encuentro yó, digan lo que quieran sus detractores de la escuela alemana, grandes bellezas de forma, y en el fondo de sus oraciones todo lo que debueno pueda hallarse en la filosofias de la antigüedad, y algo así como intuiciones maravillosas de la doctrina que en el porvenir había de regenerar la conciencia pecadora. En Fray Luis de Granada hallo mas bellezas en la forma que en el mismo Cicerón y en el fondo esa moral sana y profunda, crea dora y fecundante, que es río de gracia que brota del corazón abierto del Redentor del mundo.

Hacer patentes las ventajas del *Cicerón cristiano* sobre el *Cicerón pagano* es el tema que me propongo desarrollar en este trabajo. Para ello comparemos en su *fondo* y en su *forma* la oratoria del filósofo de Roma y la de Fray Luis de Granada.

¿Cual era la moral que regía las conciencias en tiempo de Cicerón.?: el paganismo. ¿Y dentro de esta moral politeista pueden hallarse los ideales de grandeza, que són doctrina sana en el discurso, y comunican al orador aquella vehemencia de afectos y aquellos arrebatos propios de quien ensalza lo santo y combate lo que es contrario á la virtud y al bien?..... ciertamente que nó: y para probar esto bastará examinar ligeramente el paganismo con relación á la divinidad y á la humanidad, ó sea el dios y la sociedad pagana; que despues, facilmente nos convenceremos de que ni alzando la vista al Olimpo ni volviéndola al seno de la sociedad en que viviera, pudo hallar el orador romano elementos morales suficientes para fe-

gar, en el fondo de su oratoria, adonde pasados los tiempos llegara el elocuente hijo de Sto. Domingo de Guzmán.

En la época de Cicerón cuarenta mil dioses (1) compartían entre sí la divinidad y recibían el culto público de los hombres; y digo el público, porque allá en el seno de la familia se daba culto privado á los lares y penates de la *domus* romana que eran los protectores del hogar. Los dioses lo invadían todo, y no había orden de la vida que no fuera presidido por un dios especial, y hasta los actos más insignificantes tenían su divinidad determinada. El politeismo más grosero era la religión de los hombres; religión tan absurda y tan materialista que no atribuía á sus ídolos dotes de que no estuvieran adornados los mortales, sinó que por el contrario adoraba en aquellos todas las miserias y debilidades de que es susceptible el corazón humano. Así vemos en la religión pagana deificados todos los vicios, y aquel Olimpo ocupado por dioses romanos y *bárbaros*, más que morada de divinidades es inmunda pocilga donde se revuelven en el fango todas las pasiones humanas, elevadas á lo sobrenatural por la más asquerosa de las supersticiones.

Ved allí á Júpiter, el supremo dios, cómo dispara sobre dioses y mortales los rayos de su ira para aplacar la rabia de su lujuria; mirad la antropofagía deificada en el feroz Saturno, que devora á sus propios hijos, y la guerra y la matanza encarnadas en el iracundo Marte, mientras que la impúdica Venus personifica en su desnudéz el culto de la lascivia, y Mercurio el robo y el pillaje... ¿Sabeis por qué ese mar antes plácido y sereno se revuelve airado arrastrando á su fondo la barca del pescador latino? es porque Neptu-

(1) Manjón. — *Derecho Eclesiástico*. Tomo I, lib. II, tít. III, cap. VI.

no, el dios de las aguas, se complace en agitar las olas para sepultar en ellas á los mortales. ¿Preguntais por qué esa multitud vaga ébria por las vías romanas, llevando la cabeza coronada de hojas de vid y el pensamiento oscurecido por los delirios de la borrachera? es porque han llegado las fiestas de Baco, y el dios de la embriaguez no quiere más incienso que los vapores del vino. ¿Quereis saber por qué esos muertos llevan entre los dientes una moneda? es porque llegarán á las orillas de la Estigia y no pasarán á la otra vida si nó pagan al bárbaro Caronte el precio de su pasaje: sí, que en la religión pagana el destino futuro... ¡se compra...! No busqueis en ese politeismo la eternidad, porque la eternidad no puede ser atributo de dioses que *nacen* ó van llegando de otros países á pedir asilo en la conciencia del pagano: no busqueis la omnipotencia, porque poco pueden los dioses que no pueden calmar las discordias que dividen el Olimpo: no busqueis la sabiduría ni la virtud, porque mal pueden poseerla dioses que roban ó se entregan á la embriaguez ó al adulterio: no busqueis, en una palabra, la divinidad, porque allí todo es humano, miserable y mezquino, y el dios pagano no es más que un ídolo vil, hecho por la superstición con un poco de barro de la tierra.

Tal era el dios gentil: veamos ahora qué era la sociedad pagana.

Prescindamos de un ser supremo y eterno, perfectamente definido y distinto del mundo y del hombre, grande y poderoso, creador y regenerador, suma bondad, saber y justicia y habremos destruido todo el fundamento del orden social. Así nos lo prueban de consuno la fe, la razón y la Historia. La sociedad sin Dios no es sociedad, sinó una reunión de hombres sin freno en sus apetitos, ni más ley que las pasiones, ni más derecho que la fuerza, ni otra aspiración que la

felicidad presente. Inútil será buscar en su seno algo grande y elevado, porque lo que es materia solamente, pegado á la materia estará sin levantarse nunca del polvo de la tierra. Esto sucedía á la Roma del paganismo: y por eso si su inmenso poder logró hacerla por las armas señora de todo el orbe, el desconocimiento de Dios á que se hallaba entregada, hubo de engendrar en ella mortífera corrupción, que debilitando su organismo, acabó al fín por rendirla inerme ante las hordas indómitas de los vírgenes hijos de las selvas.

La fuerza fué el único derecho que presidió á aquella sociedad, y la ley de las armas la única que impuso sus fueros. Conquistar el mundo y uncirlo al carro triunfal de Roma, hé aquí la suprema aspiración de aquel pueblo. Y cuando las legiones vencedoras hacían una nueva presa en cualquier territorio del orbe, entonces ¡infelices vencidos!, porque el vencedor les daba la muerte, celebrando la victoria con los gritos de su agonía: y si más tarde les perdonaba la existencia, era para reducirlos á la mísera condición de siervos degradados: y la esclavitud se hace dogma de religión, de filosofía y de jurisprudencia, y filósofos, legisladores y sacerdotes y hasta los mismos poetas la sancionan; (1) y la humanidad se divide en dos castas, vencedores y vencidos, señores y esclavos, entre los cuales no hay otra relación que la que media entre la cosa y el dueño de ella; y la fraternidad humana no es más que un fantasma ilusorio que no

(1) *La guerra, el delito, el nacimiento, las necesidades, deudas, ventas, convenios, engaños, secuestros, conquistas y otros hechos, dieron orígen á la esclavitud, que poetas, filósofos y legisladores razonaron, y falsos cultos, y miras egoistas, individuales y sociales consolidaron.*—Manjón. Derecho Eclesiástico. Tomo I, lib. II, tít. II, cap. VIII.

halla realidad sensible en el seno de la sociedad pagana.

Y si del Estado pasamos á la familia ¿qué encontramos en ella? El padre ejerciendo una autoridad tan absoluta, que fuera de él no existen derechos sinó deberes solamente. Esos lazos de amor y abnegación recíproca que son la cadena de flores que nos ligan al hogar, no pretendamos encontrarlos en la familia pagana, porque no existen; la patria potestad los rechaza para otorgar al *pater familias* derechos omnímodos sobre los individuos sujetos á su autoridad. La esposa no es la digna compañera del hombre, sino el objeto de su deleite; y es su suerte tan infeliz, que ¡ay de ella si la flor de su hermosura se agosta ó tiene la desgracia de incurrir en las iras de su señor y dueño!; porque éste, amparado por las leyes venderá á la mujer como á una esclava ó la entregará sus cosas (1) y la arrojará de su lado para contraer nuevo matrimonio, y la triste proscripta del hogar tendrá que mendigar su sustento ó hará de su cuerpo objeto de vil comercio, lanzándose al inmundo pantano de la abyección y de la liviandad.

Tal era el paganismo, y tales los bienes con que brindaba á la humanidad. ¡Tristes bienes por cierto! Corrupción y degradación desde la divinidad al hombre, y como resultado de esta inmoralidad mortífera y de este desconocimiento del orden sobrenatural, la ignorancia de toda noción de bien y el olvido de toda práctica de virtud. Porque despues de todo, aquéllas virtudes cívicas tan ponderadas en los ciudadanos romanos ¿en qué fundamento divino ni natural se asen-

(1) Una de las fórmulas de divorcio en Roma consistía en entregar á la mujer los objetos que la pertenecían, pronunciando estas palabras: *Res tua tibi habeto, toma tus cosas,* con lo cual quedaba disuelto el matrimonio.

taban? «Cuando Roma tuvo virtudes fueron éstas unas virtudes contra naturaleza,» dice Chateaubriand, (1) y esta afirmación es una verdad notoria. Porque ¿qué virtudes son esas por las cuales el primer Bruto degüella á sus hijos, el segundo dá la muerte al autor de sus días y los conjurados de Catilina se obligan á asesinar á sus propios padres? (2) ¿Qué virtud es esa que hace exclamar al vencido de Filipos: «virtud, nombre vano, engañosa palabra; esclavo del destino ¡ay de mí! yo he creido en tí?»

Estas frases de Marco Bruto revelan la idea que de la virtud tenía el paganismo. ¡Ni cómo hemos de encontrar virtud en una sociedad que desconocía por completo el principio ontológico donde toda virtud se asienta y toda moral tiene su fundamento!

La sociedad pagana no concebía este principio que preside á todos los órdenes de la vida y por eso su ciencia se hallaba plagada de errores: la misma filosofía, que fué la que mayor grado de perfección alcanzó entre los romanos, escusaba á veces el crímen y le proclamaba como justo en otras ocasiones, cual sucedía con la esclavitud: el derecho autorizaba las más horribles monstruosidades, haciendo de los criminales *siervos de la pena*, para los cuáles no había perdón ni regeneración posibles; establecía castigos crueles como el de enterrar vivos á ciertos delincuentes, pena que se aplicaba á las vestales acusadas del delito de impureza, y convertía al padre en *señor* de sus hijos, verdugo de sus esclavos, y bígamo lujurioso, que por fútiles causas podía sucesivamente ir repudiando mujeres y contrayendo nuevos matrimonios.

Y esta corrupción de principios no podía ménos de trascender á todas las costumbres, y las más as-

(1) *Genio del Cristianismo*. Tomo IV, cap. XIII.
(2) Sallut. *Catilina*. XLIV.

querosas pasiones andaban sueltas como brutos desbocados por la ciudad eterna. La nobleza y las matronas romanas bebían el placer en la misma copa en que escitaban más y más su sed de liviandades histriones y meretrices, y en báquicas saturnales daban rienda suelta á sus desordenados apetitos; y cuando no era la saturnal ó el banquete ó los escándalos de la *Vía Apia* (1) era el circo romano, donde la aristocracia y el pueblo rugían sedientos de sangre, esperando á que los bárbaros gladiadores lanzaran la vil salutación *ave Imperator morituri te salutant*, señal de que daba comienzos la inhumana hecatombe.

¿Pero á qué insistir más sobre este punto? Vosotros mejor que yó sabeis lo que era el paganismo; la sociedad sin Dios, sobre la cual no considero preciso emitir juicio alguno; pues dirigiéndome á vosotros, la crítica de tales aberraciones y de tamañas inmoralidades lanza su fallo condenatorio desde el fondo de vuestras conciencias cristianas.

Pues bien, en esa sociedad vivió y á esa sociedad habló Cicerón en aquellas hermosas oraciones, asombro de Roma y notables monumentos que nos dán á conocer á aquel genio, el primero del siglo de oro y de la literatura latina.

Veamos ahora qué sociedad fué la que escuchó los sublimes acentos, llenos de ciencia y palpitantes de belleza del orador cristiano.

Han pasado los siglos y al pasar sobre la humanidad han dejado impreso en ella el sello de su planta. El viejo edificio de la sociedad pagana, carcomido por sus miserias y socavado por la corrupción, se ha desplomado en el abismo al resonar en el Universo

(1) Una de las principales avenidas de Roma, sitio de recreo de la aristocracia, donde ésta se entregaba al ócio y al placer, llegando á veces á cometer los más inmorales excesos.

la palabra del Dios-Hombre, á semejanza de aquellas murallas de Jericó que se derrumbaban al sonido de las trompetas del pueblo de Isrrael. El cristianismo se ha levantado sobre las ruinas del paganismo; y al operarse en la sociedad esta revolución, tan grande por ser obra de Dios, y tan trascendental por ser esencialmente humana, los viejos moldes sociales se han roto ó se han transformado, han muerto y han nacido instituciones, se han hundido aberraciones y utopias, han palpitado y roto sus crisálidas cual nacientes mariposas las ideas nuevas, y sobre la tierra envilecida se ha escuchado la voz del Justo diciendo á la humanidad postrada: ¡Lázaro, levántate del sepulcro de tus miserias!

Yá el Olimpo pagano no es más que un panteón de dioses, muertos para la conciencia humana; yá el cristiano busca á la divinidad en otras regiones eternas é infinitas, donde ni el tiempo ni el espacio pueden poner sus límites: y levanta los ojos de su espíritu al palacio azul del firmamento y allí mira á su Dios, grande, magestuoso y sublime; impulsando con su aliento á los mundos en su perpétuo girar; encendiendo con los rayos de su mirada la cabellera de fuego del astro del día; sonriendo á la humanidad en los explendores de la aurora y brindando consuelo y paz al alma en las pálidas estrellas, flores de la noche que tiemblan en la inmensidad al contacto de las áuras de lo infinito. Y si mira á la tierra, aquí tambien lo vé; en la mar y en la catarata que le aclaman con el rugido de sus ondas; en el volcán que canta sus grandezas con las lenguas de fuego de su cráter; en la tempestad que con salvajes notas le llama grande y poderoso; en la selva que le eleva mil plegarias con el susurro de sus ramajes y en la flor que le envía sus aromas á la altura; en la fiera, señora de los desiertos, y en el águila, reina de los aires; en lo anima-

do y en lo inerte, en lo grande y en lo pequeño; desde este globo que lanzado de su diestra recorre sin cesar los espacios sidéreos, hasta el microscópico infusorio que gira en el *inmenso occeano* de la gota de agua. Y si aún se empeña la mente en buscarlo por encima de lo visible, allí tambien lo vé, sobre su trono de iris y de arreboles; deslumbrando con su luz á los querubes que postrados á sus plantas le adoran; escuchando los cánticos de los ángeles y de los santos que entonan sus alabanzas, y recibiendo los perfumes de la oración, que como nubes de incienso le llegan desde la tierra... Y el alma se extasía en su belleza, se enciende en el fuego de su divino amor y fascinada por tanta grandeza exclama con Isaías: *¡Santo, santo, Señor Dios de Sabaot; llenos están los cielos y la tierra de tu gloria!* (1)

Y como yá hay Dios, yá hay sociedad, que han ido formando poco á poco los apóstoles del Evangelio, los legisladores de la nueva doctrina y los mártires de la nueva idea. La fraternidad cristiana vá cegando el abismo que separaba al hombre del hombre, yá que en el orden moral todos los hombres se han hecho hermanos desde el momento supremo en que en la cumbre del Calvario el Hijo del Eterno les hizo á todos iguales en la gracia de la Redención. Yá en la familia el *señor* se ha trocado en padre amantísimo, que más que con la autoridad gobierna el hogar con el cariño: yá la mujer no es la hembra del marido, porque Dios ha santificado el matrimonio y dado á la mujer sus derechos, y la mujer yá es grande y noble desde el momento en que una vírgen de Nazareht ha sido erigida en soberana de cielos y de tierra; y la virtud y fortaleza de los mártires que hicieran del circo un templo ha sustituído á la falsa virtud de la

(1) Isaías, cap. VI, vers. 3.

gente del paganismo; y la nobleza cristiana no consume sus actividades en lúbricas orgías, sinó que ciñe la férrea cota y el duro casco, y tremolando el estandarte de la Cruz se lanza á conquistar pueblos y naciones para la sociedad cristiana, abriendo así camino á los misioneros de la buena nueva que van derramando las semillas de la fé de uno á otro confín del orbe conocido.

Y como yá hay Dios, yá hay ciencia sólidamente fundamentada; yá todos los efectos tienen una causa primera; yá, en fín, existe ese primer principio, centro de diamante que sostiene todo el orden moral y científico. Y las ciencias y las artes de él vienen y á él van, como las nubes que vienen del Occeáno al Occeáno vuelven, convertidas en torrentes caudalosos que han fecundizado la tierra. La Filosofía ha salido del páramo de sus errores para adquirir desarrollo glorioso en el Obispo de Hipona y más tarde en el Angel de las Escuelas; el Derecho vá aproximándose al ideal de toda justicia y cobra nuevos alientos en las discusiones de los Concilios y en Códigos como el del Rey Sabio; la Poesía busca en el cielo la belleza y vibra con ritmo deleitoso en las liras del Dante, Petrarca y el Tasso; y no sólo la vieja ciencia se desenvuelve con lozana vida al depurarse de paganos errores, sinó que nacen ciencias nuevas; y Tertuliano, Lactancio, San Jerónimo, San Ambrosio, San Cipriano, San Gregorio, San Bernardo y aquellos dos soberanos prodigios de la sabiduría, San Basilio y San Juan Crisóstomo, al hacer resonar en el mundo los acentos de su elocuencia, crean una ciencia nueva, la oratoria sagrada; y llega para España la época de sus explendores literarios, y como la figura más grandiosa de los místicos del siglo de oro, aparece el *Cicerón cristiano;* Fray Luis de Granada.

Ved aquí en qué distintos mundos vivieron los dos

genios de la elocuencia pagana y cristiana: el uno en el mundo de los errores; el otro en el mundo de la verdad; aquél no hallando para su genio más espacio que la tierra; pues si vislumbraba el cielo no tenía alas suficientes para remontarse á él; éste, lanzándose en pos de su fe y de su inspiración á las regiones sublimes de la gloria.

Y si las ciencias y las artes se alimentan de la savia de las creencias y son el reflejo exacto de la conciencia humana y del modo de ser de las sociedades ¿cómo no habrá de aventajar en lo que podemos distinguir con el nombre de parte científica de la oratoria ó sea en su fondo, el *Cicerón cristiano* al *Cicerón pagano?*

«Los antiguos, dice el autor del *Genio del Cristianismo* hablando de los oradores cristianos, no conocieron más elocuencia que la judiciaria y la política; pero la elocuencia moral, es decir, la elocuencia de todos los tiempos, de todos los gobiernos y de todos los países no apareció sobre la tierra sinó con la ley evangélica. Cicerón defiende á un cliente; Demóstenes combate á un antagonista ó procura encender de nuevo el amor á la patria en un pueblo degenerado: uno y otro saben tan solo conmover las pasiones, y fundan toda la esperanza del buen éxito de sus discursos en la turbación que excitan en los corazones. La elocuencia del púlpito busca su triunfo en una región más elevada.... Dios y la caridad son su único texto, que es siempre el mismo y siempre inagotable.» (1)

Ahora bien; ¿qué otros ideales pudo llevar Cicerón á sus discursos, excepción hecha de los intereses de la política y el foro, que fueron el anhelo constan-

(1) Chateaubriand. *Genio del Cristianismo.* Tomo II, lib. IV, cap. I.

te de su vida:? el de la patria, por ejemplo, que era el supremo ideal de la conciencia del romano.... Y por grande que supongamos esa patria, por santa y noble que se ofrezca á nuestra consideración ¿qué vale esa patria perecedera y limitada á una porción de terreno y á un puñado de ciudadanos, frente á la patria creada por el cristianismo, que comprende á todos los hombres y de todos forma una sociedad con derechos idénticos para todos sus miembros, con un mismo fín último que cumplir, y con medios para llegar á él iguales en todos los asociados...? ¡Qué diferencia entre patria y patria...! Para ensanchar aquella, para preservarla de agenas invasiones, para enaltecerla y glorificarla, Cicerón dirá á sus oyentes que la defiendan hasta morir, que se lancen á la pelea para conquistarle nuevos estados, que por ella sacrifiquen hasta sus más caras afecciones, y que á ella lo pospongan todo, lo divino y lo humano. Para no perder ésta, para gozarla eternamente, Fray Luis de Granada aconsejará á su auditorio la práctica de la virtud, excitará al hombre á la lucha sin descanso contra el mal, predicará la mansedumbre y la paciencia evangélica, llamará al seno de esa patria á los que halagados por el vicio le volvieron la espalda, y al inculcar en el corazón del hombre estos sentimientos habrá redimido muchas almas y ensanchado los horizontes de la patria de Jesucristo.

Entre Cicerón pronunciando el elogio fúnebre de un ciudadano romano y Fray Luis de Granada hablando de la muerte ante el féretro del más humilde cristiano, es imposible establecer comparación. Porque aquél, aún creyendo como creía con Platón en la inmortalidad del alma, andará con la mente llena de dudas sin saber qué destino cierto atribuir al espíritu de su héroe; y éste nos dirá con el acento profundo de la verdad, que el alma de aquel cristiano, una vez

purgadas sus culpas, irá á gozar eternamente de las dichas de la gloria: y lo que en el orador pagano son nebulosidades que aterran y hacen al corazón desfallecer de pavor, son en el orador cristiano, por el contrario, destellos de luz divina que brindan al espíritu con futuras é inefables bienandanzas.

Y lo mismo en este orden de ideas que en cualquiera otro, el *Cicerón pagano* ha de quedar muy por bajo del *Cicerón cristiano;* y es porque en la oratoria de éste hay una filosofía que no pudo aquél poseer en manera alguna. La elocuencia de Cicerón es la elocuencia mundana; la de Fray Luis de Granada es la elocuencia divina: aquélla busca sus ideales en la tierra; ésta se remonta sobre las nubes para tomarlos del cielo y derramarlos después sobre el mundo como lluvia fecundante y regeneradora. Los móviles que impulsaban en sus discursos al orador pagano son cosa tan secundaria en la oratoria del dominico granadino, como lo material y finito si se compara con lo inmaterial é infinito.

¡Y qué grande se ofrece á nuestra consideración este orador insigne, si meditamos un momento sobre el fondo hermosísimo de sus castizos sermones! ¡Qué conocimiento tan profundo de Dios y del ser humano! ¡Qué filosofía tan consoladora, y qué nobleza en el pensar, y qué acierto en el discurrir! Sus sermones son libros llenos de sabiduría, donde el hombre aprende á conocer la grandeza de Dios y su grandeza, que es pequeñez junto á la de su Creador. Allí el corazón humano se ofrece á nuestra consideración con todas sus noblezas y todas sus miserias, con todos sus denuedos y todas sus flaquezas; allí se mira el vacilar de la conciencia que duda, el caer y levantarse del espíritu pecador, el palpitar de los sentidos acosados por la fiebre de las pasiones, el aleteo constante del alma que quiere alzarse de la tierra para volar á

su Dios; toda esa lucha inacabable de lo terreno y lo divino, de la luz y de la sombra, todo aparece copiado con igual fidelidad que se retratan en la superficie del lago las nubes de la tormenta que el huracán impele á través del cielo.

«Jamás autor alguno ascético, dice el crítico don Antonio Capmany, ha hablado de Dios con tanta dignidad y alteza como Granada... ¿Quién ha hablado con más energía que él de las vanidades del mundo y de las amarguras del moribundo? ¿de la fealdad del pecado y de la hermosura de la virtud? ¿de la brevedad y miseria de esta vida mortal y de los deleites eternos de la bienaventuranza?» (1)

«En todos sus sermones, dice el cardenal Federico Borromeo, no tuvo otro propósito que introducir en los hombres unas costumbres verdaderamente cristianas y estirpar de raíz los vicios; para esto trabajó con tanto ardor, que en su tiempo, y bien se puede añadir hasta los nuestros, no tuvieron los cláustros un predicador más conforme al espíritu y modo pastoral.» (2)

Y en efecto, enaltecer la virtud, combatir el vicio, encender el fuego de la caridad en los corazones y mostrar al hombre el camino que conduce á Dios, he aquí los hermosos ideales que constituyen el fondo de la oratoria del *Cicerón cristiano;* ideales tan nobles y tan generosos, que ante ellos la elocuencia del *Cicerón pagano,* apesar de ser grande como no la tuviera en mayor grado ningún pueblo de los que desconocieron la Divinidad, palidece y se amortigua, como palidece en el firmamento la estrella de la mañana al asomar el sol por los confines lejanos del Oriente.

La oratoria de Fray Luis supera en su fondo á la

(1) *Teatro histórico crítico de la Elocuencia española.*
(2) *De suis temporis oratoribus sacris.*

oratoria de Cicerón, como la verdad y la ciencia superan al error y la duda.

Veamos ahora si en la forma sucede lo propio.

Dice Aristóteles hablando de la belleza, que «lo bello es lo que siendo bueno por serlo es suave;» (1) y esto que afirma el filósofo griego, tiene completa aplicación tratándose de la obras de la Estética cristiana; pues para los que profesamos la doctrina del Evangelio y nos alimentamos con el rico maná de sus creencias, no puede existir la belleza sinó donde la moral de Cristo viva y prospere; y por eso si nos agradan las obras literarias de los antiguos, que por tener relativa bondad poseen cierto grado de belleza, en manera alguna pueden producir en nuestro espíritu la deliciosa impresión que sentimos ante las concepciones estéticas de las artes cristianas, en que la belleza, basándose en la suma bondad y en la verdad suprema, se manifiesta todo lo grande que puede concebirla nuestra alma.

Esto viene á probar, en mi concepto, que si la belleza no puede existir sin la bondad, y lo bello se manifiesta más en la forma de las cosas que en su esencia, que es donde aquella bondad radica, en la oratoria la forma ha de arrancar necesariamente del fondo, siendo éste, en primer término, quien preste á aquélla su mayor ó menor belleza; en una palabra, que la forma bella no es más que la manifestación estética sensible de los elementos de bondad que constituyen el fondo.

Y siendo esto así, y revelándose en la oratoria la belleza de la forma, prescindiendo del estilo de que más adelante he de ocuparme, por aquella vehemencia de afectos que encienden en vivo fuego el pecho del orador y por aquellos arrebatos de inspiración

(1) Rhetórica. I. 9.

que hacen palpitar de entusiasmo el alma de sus oyentes ¿cómo no hemos de encontrar mayor belleza de forma en Fray Luis de Granada que en el orador romano?

La belleza de la forma es á la bondad del fondo en la elocuencia, lo que los rayos luminosos al foco que les dá vida; mientras más potente sea aquel foco más viva luz despedirán sus rayos; y siendo esto así, nunca podrá llegar Cicerón en belleza de forma al grado de sublimidad que alcanzó el dominico granadino. El orador pagano defendiendo en el foro á un cliente, dejando escuchar sus enérgicos acentos en las contiendas de la política ó tronando en el Senado contra el cinismo de Catilina ¿se expresaría con igual vehemencia, con idéntico entusiasmo y la misma convicción que el orador cristiano hablando de Dios, aconsejando la virtud y apostrofando al alma pecadora que ha manchado sus alas en el fango de las liviandades? nó ciertamente; que el primero por mucho que levante los vuelos de su fantasía jamás llegará á elevarse á las regiones donde el segundo encuentra la inspiración divina: Cicerón, aún en medio de los arrebatos de su elocuencia, no podrá olvidar que todo lo que defiende es humano y perecedero; Fray Luis de Granada sabe que habla en nombre de Dios, y de cosas sobrenaturales y eternas, y necesariamente habrá de sentir en su corazón impresiones supremas y latidos de soberano entusiasmo, cómo no podría sentirlos aquél; y estos afectos divinos, superiores á los afectos humanos del orador de Roma, comunicarán mayor lucidez á su inteligencia, mayor verdad y fuerza á sus razonamientos y mayor fuego á su palabra, que como flamígera espada penetrará en el alma prevaricadora encendiéndola en el amor de su Dios.

No; en manera alguna puede mover el error como mueve la verdad: lo humano no puede ser nunca fuen-

te de inspiración tan hermosa como lo divino: cuando se defienden intereses terrenos, las armas para la lucha se toman de la tierra; cuando se defienden intereses divinos, si es lícito expresarse así, las armas se buscan y se encuentran en el cielo: sobre el orador que habla en nombre de los hombres no desciende otra inspiración que la mundana; sobre el orador que habla en nombre de Dios, flota el aliento del Eterno derramando sobre él torrentes de luz divina: por eso en la cátedra de la Iglesia, entre nubes y arreboles se cierne el Espíritu Paráclito como segura promesa de que sobre el orador sagrado bajarán los rayos de su sabiduría; por eso tratándose de un orador pagano y de un orador cristiano, encuentro yo que tienen esencial aplicación aquellas palabras de San Agustin que dicen: *si amas tierra serás tierra; si amas cielo serás cielo; si amas Dios serás Dios.*

Vengamos ahora al estilo de ambos oradores, y aquí sí que parece como que mi empresa llega al principal escollo con que pudiera tropezar; pues tanta es la fama de eminente retórico y atildado hablista de que goza Cicerón, que parece manifiesta osadía tratar de buscarle compañero, que no solamente le iguale sino que lo deje á la zaga en primores y arrebatos. Más no es esto así; que apesar de su justa fama, yo entiendo, y corroboran mi opinión otras más autorizadas, que el estilo del venerable dominico supera al del orador de Roma.

Ambos aparecen en el siglo de oro de las literaturas patrias, y uno y otro son los genuinos restauradores de sus idiomas. Cicerón crea la culta prosa latina, dándole mayor grandeza y brillo y descartando de ella los elementos de impureza que la manchaban; Fray Luis de Granada funda la correcta prosa castellana, limpiándola de groseras locuciones y extraños barbarismos y tornándola en castiza, pulcra y

atildada: Cicerón es el perfecto tipo del orador romano; Fray Luis de Granada la más completa personificación del orador cristiano. Veamos que diferencias se notan en el estilo de ambos.

Á mi modo de ver constituyen el estilo dos elementos principales: el caracter general que imprimen á un escrito ó á un discurso los pensamientos que contiene y el lenguaje con que estos pensamientos se exponen.

Respecto al primero de estos dos elementos, no creo necesario demostrar las ventajas que sobre Cicerón tiene Fray Luis de Granada; pues si los pensamientos son tanto más bellos y elevados cuanto mayor alteza y bondad posee aquello que queremos expresar con los mismos, de ninguna manera podrá el orador romano igualar en grandeza y hermosura de pensamientos al dominico granadino.

En cuanto al lenguaje, ambos oradores son los primeros prosistas de su tiempo y nadie les aventajó en el uso de sus respectivas hablas. En Cicerón como en Fray Luis de Granada el lenguaje se nos presenta vestido de todas sus galas, magnífico, deslumbrante de belleza; ora exhuberante, ora conciso; yá elevado, yá familiar; yá apasionado y vehemente, yá dulce, triste y melancólico. Pero como nota dominante en el lenguaje del orador de Roma sobresale la profusión, (1) habiendo dado esto motivo á autorizados escritores para afirmar, que la afluencia ciceroniana perjudicaba en muchos casos á la expresión, sirviendo solo en el tribuno romano para ocultar con demasiada fre-

---

(1) *La enérgica concisión, la sencillez y la austeridad que caracterizan la elocuencia de Demósthenes, hacian de él el modelo del orador ateniense; como por su elocuencia abundante y numerosa fué Cicerón el príncipe de la tribuna romana.* González Garbin. *Literatura Clásica Latina*, cap. XXIII.

cuencia deficiencias de fondo y pobrezas de argumentación. (1)

Este aserto es una verdad; pero no hay que atribuirla ciertamente á que Cicerón careciera de las dotes que han de adornar á un orador perfecto; nó: Cicerón poseía grandes condiciones naturales y científicas, y como tribuno elocuente nadie en iguales circunstancias le hubiera aventajado; pero esas mismas circunstancias que le rodearon, las deficiencias de la filosofía pagana, la falta de creencias sólidamente fundamentadas, en una palabra, la sociedad en que vivió, contribuyeron á esto, que no puede considerarse como verdadero defecto si miramos á su época, (2) pero que viene á constituir uno de los principales argumentos en pró de las ventajas que sobre el lenguaje del orador de Roma tiene el del dominico de Granada.

La afluencia de éste no adolece de los defectos que notamos en la de aquel; en las amplificaciones de Fray Luis de Granada, abunda la doctrina de tal

(1) *Á veces es tal la afluencia de su lenguaje que perjudica á la expresión, sirviéndole solo para encubrir la flojedad de sus razonamientos.* González Garbín. *Literatura Clásica Latina*, cap. XXIII.

(2) Con posterioridad al Centenario, aunque con fecha del día siguiente al del Certamen en que se adjudicó el premio á esta Memoria, *El Centro Artístico* de esta ciudad publicó un número extraordinario de su *Boletín* con trabajos relativos á Fray Luis de Granada, originales de conocidos escritores granadinos. Como en algunos de dichos trabajos se corroboran varias de mis afirmaciones, he creido conveniente dar á éstas la mejor autoridad citando las opiniones de los renombrados literatos que firman los artículos de *El Boletín*. En el trabajo titulado «*Fray Luis de Granada, orador perfecto,*» original de D. Francisco J. Simonet, dice así este escritor: *En pueblos tan corrompidos como lo estuvieron Grecia y Roma en los tiempos de Demósthenes y de Cicerón, ni la elocuencia pudo desplegar su maravilloso poder y eficacia, ni aquellos varones eminentes, aunque dotados de grande facundia natural y artificial, contagiados con los vicios de sus compatriotas, lograron merecer el nombre de oradores perfectos.*

modo, que puede decirse que supera á la exhuberancia de la frase: los razonamientos del orador cristiano tienen la fuerza convincente de la verdad en que se apoyan, cosa que no suele ocurrir siempre en Cicerón, obligado á suplir muy á menudo con los recursos de su ingenio la falsedad de sus argumentaciones; cada frase de Fray Luis es una idea, un pensamiento profundo, y en un periodo de sus sermones encontramos más filosofía, mayor encadenamiento y más abundancia de doctrina que en la más hermosa de las oraciones de Cicerón.

El orador cristiano, por otra parte, no tiene necesidad de abusar de la frase para encubrir deficiencias de fondo; que es su doctrina fuente tan abundante y pura, que nunca su caudal se agota ni se enturbia; por eso jamás sacrifica la forma para robustecer el fondo; por eso nunca abusa de la frase y ésta es siempre propia y adecuada; por eso su lenguaje resulta por lo general más puro, sonoro, atildado y castizo que el del orador de Roma.

Y hé aquí como sin pretender siquiera atenuar en lo más mínimo los méritos del *Cicerón pagano*, ni dejar de reconocerle como uno de los más elocuentes oradores del antiguo mundo, hemos venido á demostrar que en el fondo y en la forma de su oratoria le aventaja el *Cicerón cristiano* (1).

---

(1) *Fray Luis de Granada fué superior á todos los oradores de la antigüedad en los tres oficios del orador: en enseñar, como que amaestrado en toda ciencia y doctrina útil y dotado de inmenso saber, con la palabra y con el libro enseñó á las muchedumbres presentes y venideras la ciencia de las ciencias, la imitacion de Cristo y el logro dichoso de nuestro último fin; en deleitar porque su elocuencia, ascética y mística en el fondo, presenta en la forma todas las perfecciones oratorias y según la doctrina de Quintiliano se extiende por todos los dominios, y límites del bien decir; en mover, por la prodigiosa eficacia de su predicacion y de sus escritos, que muchos tuvieron por milagrosa y divina.* Don Francisco J. Simonet. Artículo del *Boletin* ya citado.

Pero no basta ciertamente al orador, y mucho más si es orador sagrado, que sus oraciones reunan bondad y alteza en el fondo y belleza y corrección en la forma, sinó que es preciso para que el ánimo del auditorio se pronuncie en su favor y quede esclavo de sus afectos, que su aconsejar esté conforme con su practicar, ó lo que es lo mismo, que su vida ratifique su predicación. «Haz elección de tal maestro que más te admires al verle que al oirle», escribía Séneca á Lucilo, y estas frases del filósofo español se ven confirmadas en la Retórica de Fray Luis, (1) que aconseja á los predicadores muevan más á sus oyentes con el ejemplo de sus virtudes que con el fuego de sus palabras. Y viniendo aquí á la vida de ambos oradores ¿es posible establecer términos de comparación entre uno y otro? El orador pagano, venal, inconstante en sus ideas, tornadizo en sus deseos, voluble en sus afecciones; (2) el orador cristiano todo caridad y siempre caridad, todo sacrificio y siempre sacrificio, todo amor á sus semejantes y siempre el mismo amor: en el uno las miserias de la tierra y las ambiciones del hombre egoista; en el otro las grandezas del cielo y las abnegaciones del justo: la oratoria de Cicerón y su existencia toda puestas al servicio de los intereses que más le convenían; la elocuencia y la vida entera de Fray Luis consagradas al servicio de Dios y al bien de las almas.... ¡Qué diferencia entre orador y orador¡ ¡Cuántas sombras alrededor del genio del paganismo! ¡Cuánta luz en torno del genio del cristianismo!

---

(1) *Rethórica Eclesiástica*, cap. VI.

(2) Si como filósofo y tribuno elocuente se distinguió Cicerón, no le sucedió lo propio como hombre dotado de gran sentido moral. Entre los actos de su vida que han merecido censuras de la Historia, suele citarse el haber repudiado á su esposa Terencia para desposarse con su pupila Publilia.

¡Y cuán grande aparece en la literatura patria este varón insigne, el primero de los escritores del siglo de oro y el más acabado espejo de la elocuencia española! Por espacio de cuarenta años resonaron sus acentos sublimes en la cátedra sagrada, sin que sus alientos desfallecieran, ni se entibiara su fé, ni se agotara su caridad, ni languideciera en nada el poder de su incomparable oratoria. En todos sus sermones, lo mismo que en todos sus escritos se propuso inculcar en el corazón humano el amor de Dios y las virtudes cristianas, y lo consiguió en gran manera, hasta tal punto, que según el Pontífice Gregorio XIII, más beneficios hizo á los hombres con su doctrina este granadino ilustre, que si hubiera alcanzado de Dios dar vista á los ciegos y vida á los muertos; y así es ciertamente; que en realidad de verdad, mejor es tener cerrados los ojos á la luz del día y estar muerto para el mundo, que andar por los senderos de la culpa con la mente llena de tinieblas y el alma inerte y corrompida por las malas pasiones.

A la vez que así trabajaba por el bien de los hombres, perseveraba en su propósito de corregir los vicios de que habían plagado la oratoria sagrada predicadores faltos de toda ilustración y arte; para esto, no se contentó con ofrecer á tan desdichados oradores buenos modelos que imitar en sus sermones, sinó que con el fín de encaminarlos por los senderos de la verdadera elocuencia, escribió *los seis libros de la Retórica Eclesiástica*, obra tan notable bajo todos conceptos, que ni antes ni después se ha escrito otra que le aventaje ni aún le iguale.

Y por lo que atañe á sus obras castellanas, jamás nuestra sonora y hermosa lengua se mostró con mayor esplendor ni vestida de mejores galas que en los escritos del V. Maestro; pues aún cuando en su época, que lo fué de glorioso renacimiento literario para

España, brillaron clarísimos ingenios que son gala del bien decir y modelos de corrección y pureza en el lenguaje, ninguno de ellos ostenta timbres tan preciados como este granadino insigne, el cual figura á la cabeza de nuestros clásicos, por ser el primero de los prosistas españoles y el genuino restaurador del buen gusto literario.

Y estos tres fines principales de guiar las almas al cielo, corregir los vicios de la oratoria sacra y depurar y engrandecer la lengua de Castilla, fines que persiguió con sin igual constancia y llevó á feliz realización, se ven patentizados en los elogios que á este autor esclarecido han tributado en todas épocas escritores españoles y extranjeros. Su historiador Jerónimo Joannini (1) dice de él lo siguiente: «Su predicar fué del hombre evangélico, no mirando otra cosa que hacer ganancia de las almas é inculcar en el pecho humano el amor del cielo.» «Su estilo fué puro, limpio; sencillo, mas alto; llano, mas significador; florido, mas cristiano.» D. José Joaquín de Mora le considera como el purificador del idioma castellano, y dice así en el prólogo á las obras de este escritor insigne publicadas en la *Biblioteca de Autores Españoles:* «Fray Luis de Granada debe considerarse como el verdadero fundador de la culta y limada prosa castellana, envuelta hasta sus días en los embarazos y vacilaciones de la infancia, y menoscabada con inútiles latinismos, con locuciones groseras, intrincadas y viciosas, y con una frase sucesivamente áspera y floja, demasiado lacónica y supérfluamente redundante, disuelta en miembros inconexos y aislados y prolongada indefinidamente en interminables períodos.

---

(1) Al boloñés Joannini se debe la primera biografía de Fray Luis, editada en Venecia con el *Memorial de la Vida Cristiana*, en 1595.

Esta última circunstancia es la que confiere á nuestro autor mayores derechos á la admiración de los aficionados al buen gusto literario. Él fué en efecto el que fijó el período castellano, determinando sus dimensiones, proporcionando métricamente sus miembros y dándole sonoras terminaciones y caidas.» El celoso obispo de Barcelona D. José Climent, que mandó traducir al castellano en 1770 *los seis libros de la Retórica Eclesiástica* (1) del venerable dominico, en el proemio en que recomienda dicho libro al clero de su diócesis, dice entre otras cosas: «yo no considero necesario daros un resumen de lo que contiene esta preciosa obra, porque deseo y espero que la leereis toda muchas veces; sin embargo os aconsejo que leais, y os aseguro que leereis con gusto y con provecho el compendio que del primer libro de esta Retórica hizo D. Luis Muñoz en el capítulo 16 y siguientes del primer libro, de la excelente vida que escribió del venerable Granada, demostrando al mismo tiempo que se hallaron en él todas las partes ó virtudes que debe tener un consumado predicador evangélico, y le grangearon el renombre de Cicerón cristiano.»

Mariana le encomia; (2) el P. Vasconcelos en su *Historia latina de los Reyes de Portugal* le llama *varón egregio y piadoso;* el italiano Possevino en su *Aparato Sacro* lo enaltece sobremanera, (3) D. Luis

---

(1) Esta obra escrita en latín y dedicada á la Universidad de Évora, se publicó por primera vez en Lisboa, por Lázaro Rivero, el afio de 1576.

(2) *Fray Luis de Granada del Orden de Sto. Domingo, varón insigne en piedad y doctrina, como lo manifiestan sus escritos tan estimados por los hombres piadosos y sabios.* Mariana. *Historia general de España.* Tomo VIII, libro VIII, capítulo X.—Barcelona MDCCCXXXIX.

(3) Entre otras cosas dice de él lo siguiente: *Fray Luis de Granada, español, de la orden de predicadores, teólogo en alto grado*

de Páramo pondera su sabiduría; (1) San Carlos Borromeo en una carta al Papa le califica como al mejor orador cristiano y escritor místico; (2) los PP. Jesui-

---

piadoso, orador y predicador insigne ha enriquecido de tal modo la Iglesia cristiana con sus obras, que ha producido copiosos frutos en los ánimos de aquellos que han frecuentado su lectura.

(1) *Orígen de la Inquisición,* obra escrita en latín por D. Luis de Páramo, inquisidor de Sicilia.

(2) San Carlos Borromeo, uno de los más entusiastas admiradores del P. Granada, con el cual sostuvo frecuente correspondencia, escribió al Pontífice Gregorio XIII una carta haciendo tan justa y razonada apología de este granadino ilustre, que á los veinte días de recibida aquella, el Papa dirigió á Fray Luis el siguiente breve, más honorífico, según numerosos autores, que cuantos había dado hasta entonces la Sede Pontificia. Dice así este curioso documento: «Al amado hijo nuestro Fray Luis de Granada, de la Orden de Predicadores, Gregorio Papa XIII. Amado hijo, salud y bendición apostólica. Nos ha sido siempre muy grato tu largo y asiduo trabajo en apartar á los hombres de los vicios y conducirlos á la perfección de la vida; y de mucha utilidad y gozo para los que están poseidos del deseo de su propia y agena salvación, y del incremento de la gloria de Dios. Mucho has predicado, y muchos libros has dado á luz, llenos de doctrina y piedad. Lo mismo continúas haciendo todos los días y no cesas, ausente ó presente de ganar para Cristo cuantas almas puedes. Nos regocijamos en esta gran ventura y utilidad tuya y de los otros; porque cuantos han sacado provecho de tus sermo nes y escritos (y son muchos los que lo han sacado y continúan sacándolo), otros tantos son los hijos á quienes has engendrado para Cristo, y más alto beneficio les has hecho que si estando ciegos ó muertos hubieras obtenido de Dios la restitución de la vista ó de la existencia. Vale en efecto mucho más conocer aquella luz sempiterna y aquella vida bienhadada (en cuanto es dado á los mortales) y aspirar á ella por medio de una conducta piadosa y santa, que gozar de esta vida mortal, con toda la abundancia y las delicias de las cosas terrenas. Para tí has obtenido de Dios muchas coronas, trabajando con caridad en aquella tarea, y nos consta que has trabajado mucho. Sigue pues como lo haces aplicando á ello todo tu celo, y dá cabo á lo que tienes empezado (que no es poco según nos dicen), y suministra salud á los enfermos, firmeza á los débiles, gozo á los valientes y robustos, y gloria á

tas Juan Bonifacio, (1) Andrés Scott (2) y Gaulter (3) le prodigan sus alabanzas, llamándole este último *insigne gala de la Orden de Sto. Domingo;* y Sta. Teresa de Jesús, una de sus más fervientes admiradoras, en una carta que le escribió ensalza sus virtudes y celebra en alto grado su sabiduría y elocuencia. (4)

Su fama cundió por toda Europa, y sus libros, así como muchos de sus sermones, fueron traducidos á las principales lenguas: su nombre se repetía por todas partes con admiración y respeto y no hubo predicador que no procurara imitarle. Apesar de haber estado dedicado al púlpito por espacio de cuarenta años, en que el número de sus sermones alcanzó una cifra considerable, pocos de ellos, relativamente, han llegado á nosotros, yá porque el autor no los escribiera todos, yá por haber desaparecido importantes archivos de la Orden, donde debieron guardarse muchos como joyas de inextimable valor. Además de la grandeza de fondo y belleza de forma que son notas dis-

---

las dos iglesias, militante y triunfante. Dado en Roma, en San Marcos, bajo el sello del Pescador, á 21 de julio de 1582, el año XI de nuestro pontificado.—Antonio Baccipaluli.»

(1) Jesuita italiano en su obra *Sapiens fructuosus.*

(2) Jesuita flamenco en su *Biblioteca Hispana.*

(3) *Tablas Cronológicas.*

(4) Comienza así dicha carta, que se supone la escribió la santa en 1575 ó 1576, y cuya fecha cierta se ignora: *De las muchas personas que aman en el Señor á vuestra paternidad, por haber escrito tan santa y provechosa doctrina, y dán gracias á su Magestad y por haberle dado á vuestra paternidad para tan grande y universal bien de las almas, soy yo una.* «*Obras y escritos de Sta. Teresa,* publicados bajo la dirección del presbítero D. Pedro García San Juan, en Madrid y 1871.»

Suponen varios autores, entre ellos D. José Joaquín de Mora, que fueron varias las cartas que Sta. Teresa dirigió á Fray Luis, pero hasta el día no se ha probado la existencia de otra que la que aquí se cita.

tintivas de los mismos, se advierte en ellos la circunstancia de que el orador les comunicó al escribirlos la viveza de afectos y la vehemencia y calor con que los pronunciara. Baillet afirma esta verdad diciendo «que Fray Luis de Granada es tal vez de todos los predicadores, el único cuyos sermones han conservado en la lectura parte del fuego que les animaba en el púlpito.»

Hé aquí en prueba de ello cómo se expresa este orador elocuentísimo en su sermón del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo:

«Estábase mi Señor en el cielo oyendo las alabanzas y músicas de su gloria, haciendo maravillas en lo alto, y en lo bajo, y en los abismos; yo estaba atollado en el cieno, lleno de miserias y trabajos, y perdida la esperanza de verme libre. Él en la gloria, y yó en la miseria; El admirable, y yó miserable. Pues aquél, que era admirable á los ángeles, inclinó los cielos, y descendió, y se hizo consiliario de los hombres. Trocóse el nombre de Magestad en nombre de piedad, y el que era admirable en el cielo, viene á ser consiliario en la tierra. Escondió su púrpura real debajo del saco de mi miseria, é inclinóse al lado donde yó estaba, sin que le pesase. Estaba yó en el profundo del cieno, y Él extendió su brazo á la obra de sus manos, y sacóme del profundo de las aguas; y sacado, lavóme; y lavado, vistióme; y vestido, reparóme; y reparado, confirmóme; y del todo me dejó remediado. Dióme la mano cuandó murió, vistióme cuando resucitó, reparóme cuando subió al cielo y confirmóme cuando envió al Espíritu Santo; y así del todo me remedió.»

Y hablando del nombre de Jesús en el sermón de la Circuncisión del Señor, dice así:

«Adora, pues, alma mía, abraza y besa este santísimo nombre, más dulce que la miel, más suave que el óleo, más medicinal que el bálsamo, más poderoso

que los poderes del mundo. Este es el nombre con cuya invocación los pecadores se salvan; porque no se dió otro nombre ni otra virtud debajo del cielo á los hombres por el cual hayan de ser salvos sinó este: ¡Oh nombre de todo consuelo y deleite, nombre glorioso, digno de estar escrito y grabado en el corazón!»

Y esta expresión apasionada y sentida que se observa en sus oraciones, es nota dominante en todas las obras de su sabiduría y de su ingenio: sea cualquiera el escrito en que derrame su consoladora filosofía y los primores de su castiza dicción, allí se vé siempre al orador, conmoviendo los corazones y deslumbrando la inteligencia con la ternura de sus afectos y el poder maravilloso de su elocuencia soberana.

Ved aquí como pinta en su *libro de la Oración y Meditación* el cuadro patético de la Vírgen con el cuerpo de Jesús en los brazos, y decidme qué orador describiría con mayor elocuencia y sentimiento esta escena dolorosa del Calvario.

Hélo aquí:

«Abrázase la Madre con el cuerpo despedazado; apriétalo fuertemente en sus pechos (para esto solo le quedaban fuerzas); mete su cara entre las espinas de la sagrada cabeza; júntase rostro con rostro; tíñese la cara de la Madre con la sangre del Hijo, y riégase la del Hijo con las lágrimas de la Madre.....

La lengua estaba enmudecida; mas el corazón allá dentro hablaría con entrañable dolor al Hijo dulcísimo y le diría: «¡Oh vida muerta! ¡Oh lumbre oscurecida! ¡Oh hermosura afeada! ¿Y qué manos han sido aquellas, que tal han puesto vuestra divina figura? ¿Qué corona es ésta, que mis manos hallan en vuestra cabeza? ¿Qué herida es ésta, que veo en vuestro costado? ¡Oh sumo sacerdote del mundo! ¿Qué insignias son éstas, que mis ojos ven en vuestro cuerpo? ¿Quién ha manchado el espejo y hermosura del cielo? ¿Quién

ha desfigurado la cara de todas las gracias? ¿Estos son aquéllos ojos, que oscurecían el sol con su hermosura? ¿Estas son las manos, que resucitaban los muertos á quienes tocaban? ¿Esta es la boca por donde salían los cuatro ríos del Paraíso? ¿Tanto han podido las manos de los hombres contra Dios? ¡Hijo mío y sangre mía! ¿De dónde se levantó á deshora esta fuerte tempestad? ¿Qué ola ha sido ésta, que así te me ha llevado, Hijo mío? ¿Qué haré sin tí? ¿Adónde iré? ¿Quién me remediará....?» (1)

De sus notables sermones han llegado hasta nosotros los siguientes:

En latín:

Concionum de tempore: cuatro tomos que publicó en Lisboa en 1575, y contienen:

I. De Adventu usque ad Quadragesima.

II. De his quæ quartis et tertiis feriis et diebus dominicis Quadragesimæ in Ecclesia haberi solent.

III. De his quæ á Paschate Resurectionis usque ad festum Sanctissimi Corporis Christi; con una adición titulada: Variarum sententiarum de oratione, meditacione et contemplatione.

IV. De his quæ reliquo anni tempore usque ad Adventum. Entre estos hay uno titulado de Judicio, traducido al francés por Gabriel Sacconai.

Concionum de Sanctis: dos tomos publicados en Salamanca en 1578.

En portugués:

Treire pregaçoes das principaes festas de Christo et da sua Santissima May, que son más que sermones, pláticas breves y compendiosas. Fueron traducidas al castellano y publicadas en Granada en 1595.

En castellano:

Uno solo sobre las caidas públicas, que escribió con

(1) *Oración y Meditación*, cap. XIII.

motivo del suceso de la priora del convento de la Visitación de Lisboa.

Entre sus obras más notables, que aquí no he de examinar por no ser de la índole de este trabajo, se cuenta su *Retórica Eclesiástica*, publicada en Lisboa en 1576 y mandada traducir del latín al castellano en 1770 por el celoso obispo de Barcelona D. José Climent, yá citado. El mérito de esta obra es tal, que bastaría por sí sola para dar fama y gloria á un escritor, siendo tanta la aceptación que tuvo en España y en el extranjero, que en breve fué traducida á las principales lenguas y aún hoy sirve de texto en muchos seminarios. Un biógrafo del Venerable Maestro se expresa así hablando de ella: «Este precioso libro fué recibido con igual aplauso que los demás que salieron de la elocuente pluma de Fray Luis de Granada; este hombre pareció que había nacido para reformar los abusos introducidos en el púlpito, á lo menos así lo demuestra su *Retórica*, que forma un conjunto de preceptos á cual más provechoso, de modo que aún hoy en día puede servir de guía á los que se dediquen á tan sublime carrera. Esta obra fué traducida en varios idiomas y tan apreciada de nacionales como de extranjeros.»

Como complemento á la *Retórica* escribió tambien otra obra en dos tomos, que tituló *Selva de los lugares que suelen ocurrir en los sermones*, y no es otra cosa que un arsenal de textos sacados de los filósofos y Santos Padres, para facilitar materia y sentencias á los predicadores. Esta obra se imprimió en Lión en 1582.

Tales son los títulos que como maestro de la oratoria, dechado de sabiduría y de piedad, escritor castizo y príncipe de los clásicos españoles ostenta el V. P. Fray Luis de Granada. *Cicerón cristiano* mereció ser llamado, y probadas quedan (al menos tal fué mi propósito) las ventajas que tiene sobre el *Cicerón*

pagano. Su oratoria por la bondad de la doctrina y por los ideales que la informaron es superior en su fondo á la del tribuno de Roma, sucediendo lo propio en la forma, por ser el dominico granadino tan consumado estilista como Cicerón, y no verse obligado como éste á suplir con exhuberancias de lenguaje deficiencias de doctrina y fiojedades de argumentación. Ambos oradores sintetizan una época, y son acabada personificación de la sociedad en que vivieron. El orador romano, con su inteligencia verdaderamente privilegiada, su elocuencia facil y numerosa, filósofo y artista consumado, que á través de las brumas del porvenir adivinaba por delicadas intuiciones otros tiempos en que el sol de verdad y justicia había de disipar los errores de la sociedad; con sus miserias de corazón y sus grandezas de pensamiento, representa la Roma pagana, genio artístico y alma corrompida y yerta, que comenzando yá á renegar de su politeismo, iba dando cabida en su seno á los ideales de verdadero progreso moral representados por filósofos como Marco Tulio. Fray Luis de Granada, con su genio fecundo y creador, su elocuencia sublime y arrebatadora, su estilo puro y castizo y su alma rebosando piedad y abnegación, personifica su época gloriosa, en que limpia España de la peste del mahometismo, la fe cobra nueva vida y alumbra como sol resplandeciente los dilatados horizontes de la patria; y depuestas las armas, las actividades se emplean en labor más fecunda para el espíritu, y á la cátedra de Dios acuden poetas y prosistas en busca de ideales para sus inspiradas creaciones, y aparecen nuestros renombrados místicos, los cuales en sus notables escritos, á la vez que pregonan la grandeza de Dios y las excelencias de la virtud, reforman y corrigen el estilo y tornan en castizo y pulido el hermoso lenguaje de Castilla.

. . . . . .

Así fué este eminente granadino, gloria la más estimable de esta ciudad cristiana. Como escritor y como orador, todo elogio resulta parco si á él se prodiga y toda alabanza poca si á él se refiere. Pero si como hombre sabio y elocuentísimo se ofrece grande á nuestra consideración, más grande le vemos aún si le miramos por el lado donde su virtud y humildad se reflejan..... (1)

¡Oh varón piadoso y lleno de virtudes! ¡Oh regocijo del cielo y bondad y consuelo de la tierra! ¡Cuán hermoso te contempla mi asombrado espíritu al mirar tu soberana alteza cubierta con el manto de tu humildad cristiana! Tú, el bienhechor de los pecadores, el buscador de almas, el sabio preclaro, el padre de la elocuencia; tú, admirado de todos los hombres, solicitado por los reyes de la tierra y tan amado por el que aquí abajo representa el poder del cielo;..... tú no te envaneces con tus triunfos, ni te precias de tu renombre, ni te ensoberbeces con tu sabiduría. Nada son pa-

---

(1) De su humildad y mansedumbre se cuentan rasgos como estos:

Pocos años antes de morir hizo una limosna al convento de Granada con el producto de la venta de sus obras y exigió del Prior que hiciera constar en los libros de asiento, como era hijo de la lavandera del Convento el que aquella limosna hacía.

Cierto día hubo de dar á un pobre el pan de la comida y creyendo que el hermano cocinero no le negaría otra ración, se la pidió humildemente, y como éste le contestase que dos raciones no se daban á nadie, Fray Luis de Granada se retiró sin replicar, comiéndose su potaje sin pan.

En otra ocasión, como un hermano suyo le recomendara defenderse del frio con más abrigo que el que acostumbraba á usar, Fray Luis de Granada le contestó: «Padre, no trate más de eso; yó me crié desnudo y mi madre, con una mantellina más vieja que nuestra capa me cubría, y ella pobre y yó desarrapado íbamos á la portería de Sto. Domingo de Granada con nuestra ollica y en ella traíamos un poco de caldo y unos mendruguillos con que nos sustentábamos.»

ra tí las cosas de la tierra, que tú pones pensamiento y alma en el cielo; y por eso ni quieres honores, ni te rinden dádivas, ni aspiras á otra cosa que á la predicación del Evangelio y á la soledad de tu celda. Y en su estrecho recinto, yo te veo mas grande que todos los poderosos de la tierra, vistiendo el áspero sayal, macerado el cuerpo por las torturas de la penitencia, abrazado á la Cruz del Redentor y bebiendo en su divino costado la sabiduría y la santidad; y allí en medio de los trasportes de tu fé, te contemplo en éxtasis sublime y miro al poder mágico de tu oración romperse los muros de tu celda, y en nubes de resplandeciente gloria que sostienen ángeles y serafines, bajar á tí al soberano Dios que te dice como en otro tiempo en el Jordán á su unigénito Jesucristo: *¡Este es mi hijo muy amado en quien he puesto todas mis complacencias!* (1)

Voy á concluir; pero antes séame permitido tributar un aplauso entusiasta á la Excma. Corporación, que organizando este Centenario, tan bien ha interpretado los sentimientos del noble pueblo que cuenta entre sus preclaros varones al V. P. M. Fray Luis de Granada, y á todas las Sociedades que, como la **Academia Círculo de la Oratoria**, cumpliendo fines esenciales de sus estatutos, aportan su rama de laurel á la corona que hoy tejen sobre la tumba de orador tan insigne todos los hijos de esta ciudad noble y cristiana que sienten latir en sus pechos las fibras santísimas de la fe y el patriotismo...¡ Honor á los representantes del pueblo que así honran á los hijos del pueblo! ¡Honor al pueblo, que no olvida que enalteciendo á sus genios levanta el pedestal de su propia grandeza y se ciñe á las sienes la preciada diadema de la inmortalidad y de la gloria!—HE DICHO.

Granada 30 de Diciembre de 1888.

(1) San Lucas, cap. III, vers. 22.

LISTA

DE SEÑORES SUSCRIPTORES Á ESTE FOLLETO.

CORPORACIONES	Ejemplares.
Excmo. Ayuntamiento de Granada.	50
Academia Círculo de la Oratoria de íd.	10
Colegio de PP. Escolapios de íd.	5
FOMENTO DE LAS ARTES DE GRANADA	
Arteaga González, D. Vicente.	1
Aguilera López, D. José.	1
Arco Molinero, D. Angel del	1
Fernández Jiménez, D. Miguel.	1
Gálvez Fernández, D. Enrique.	1
Huertas Lozano, D. José.	1
Marín Gamez, D. Antonio	1
Rodríguez Villarroel, D. Francisco.	1
Sansón Granados, D. Luis.	1
Seco de Lucena, D. Francisco.	1
Torres Jiménez, D. Ricardo.	1
PARTICULARES	
Arteaga González, D. Vicente.	10
Aravaca Fernández, D. Fernando.	2
Afán de Ribera González, Excmo. Sr. D. Antonio. .	1
Afán de Ribera Rodríguez, D. Antonio María. . .	1
Alvarez de Toledo, D. Eduardo.	1
Azpitarte Sánchez, D. José	1
Alcalá Frías, D. Francisco.	1
Alvarez Ruiz, D. Antonio.	1
Anguita Guixé, D. Angel.	1
Almohalla Martínez de Tejada, D. Marciano. . . .	1
Abarca Martínez, D. José	1
Branchat Vime-Prada, D. Rafael.	5
Cervetto Blanco, Excma. Sra. D.ª Matilde. . . .	10
Suma.	112

	Ejemplares.
Suma anterior.	112
Campos Cervetto, Excmo. Sr. D. Ramón de . . .	10
Caro Cardenete, D. Eladio	10
Campos Varona, D. Joaquín de.	5
Caro Gamiz, D. Isidoro.	5
Cardenete Rodríguez, D. Angel.	3
Cardenete Rodríguez, D. José.	2
Campos Cervetto, D. Francisco de.	2
Castillo Rodríguez, D. Nicolás del.	2
Caro Corrales, D. Baldomero.	2
Campos Fernández de Córdoba, D. Alfonso de. . .	1
Castillo Lillo, D. Cristóbal.	1
Campos Núñez de Castro, D. Cándido..	1
Corpas Pérez, D. Enrique.	1
Domínguez Saenz, D. Carlos	1
Delgado Frías, D. José.	1
Escribano del Castillo, D. Ricardo.	5
Espa Prieto, D. Fulgencio.	2
Espejo Valverde, D. Manuel..	1
España Lledó, D. José..	1
Fernández Espada, Excmo. Sr. D. Vicente. . . .	12
Fernández de Córdoba Palomares, D. Gregorio. . .	2
Fiscer Barbeyto, D. Benigno.	2
Fernández, D. Luis Pedro.	2
Fernández Mora, D. Manuel.	1
Fernández Martínez, D. Julio.	1
Florez Jiménez, D. Federico..	1
Florez Jiménez, D. Enrique.	1
Fassio Callís, D. José.	1
Gómez Bello, Ilmo. Sr. D. Bartolomé.	100
Gil de Tejada Flores, D. Anselmo.	10
Gil de Tejada Caro, D. Manuel.	5
Gómez Ruíz, D. Joaquín.	2
García Solá, D. Eduardo.	1
Guerra Celaya, D. Federico.	1
Gómez Guerra, D. José.	1
Garrido Donaire, D. Vicente..	1
Gómez Sedano, D. Felipe..	1
Hernández Santaló, D. Ramón.	5
Hidalgo Pérez, D. Agustín.	1
Herranz Sabando, D. Julio.	1
Izquierdo Martínez, D. Sebastián.	2
Ibarra Loyre, D. Pedro Antonio..	1
Jiménez Campaña, D. Francisco..	5
J. Simonet, D. Francisco.	1
Jiménez González, D. Pablo.	1
Jiménez Sampelayo, D. Pablo.	1
López Cózar, D. Indalecio.	2
Suma. . . .	333

	Ejemplares.
Suma anterior.	333
López de Sagredo y Andreo, D. Salvador.	2
Legaza Herrera, D. Ignacio.	2
Leal de Ibarra y Orozco, D. Francisco.	1
López Muñoz, D. Antonio.	1
López Zayas, D. Luis.	1
Lora Estrada, D. José..	1
Marquez Anglada, D. Luis.	5
Martín Adame, D. Francisco..	2
Medina Fantoni, D. Fernando.	2
Manjón y Manjón, D. Andrés.	1
Medina Torres, D. Juan.	1
Montes Martínez, D. Marcos..	1
Moreno Fernández de Roda, D. Manuel.	1
Navarro Fernández, D. Francisco.	3
Nestares Mendoza, D. José.	1
Oliveras Santaló, D. Santiago.	1
Osorio Martín, D. José.	1
Pérez Florez, D. Fernando.	12
Pérez del Pulgar Blake, Excmo. Sr. D. Fernando .	5
Pavés Gómez, D. Antonio	3
Palacios Vílchez, D. Antonio	2
Perez Gazcón, D. Adolfo.	2
Pugnaire Martínez, D. Jorge..	2
Pugnaire Martínez, D. Miguel.	1
Paredes Rubio, D. Daniel..	1
Perez Curiel, D.ª Concepción..	1
Quintana Garvayo, D. Emiliano..	1
Rute Giner, Excmo. Sr. D. Luis	15
Rodríguez Fernández, D. Demetrio..	5
Rada Delgado, Ilmo. Sr. D. Fabio de la.	1
Rodríguez Bueno, D. Félix.	1
Redondo de Trueba, D. José.	1
Romero Saavedra, D. Joaquín.	1
Seco de Lucena, D. Luis.	10
Sellés y Angel, Excmo. Sr. D. Eugenio.	5
Sánchez Gallardo, D. Gumersindo.	5
Samaniego Rovira, D. Emilio..	5
Sánchez Ramos, D. Ricardo.	2
Segura Fernández, D. José Manuel.	1
Sánchez Reina, D. Eusebio	1
Santacruz Revuelta, D. Pascual.	1
Toro Gómez, D. Rafael	1
Toro Gómez, D. Rodrigo.	1
Vico Bravo, D. Juan de Dios.	1
Velazquez de Castro Fossati, D. Antonio.	1
Vila Oriach, D. José.	1
Valverde Quevedo, D. Juan.	1
TOTAL.	450